

VI

LA CASA DE TROMPETTE

Con el marqués de Gherlor, Jarnac, Chaminade y los cuatro maestros de armas de los dragones de Conti y de los mosqueteros negros, Santiago de Courten había recorrido inútilmente las dos riberas del Escaut, para encontrar al alférez Enrique. Ramecroix, Romigny, La Trinidad, Fontenoy y Antoin fueron registrados por ellos. Cada casa les había revelado su secreto, de los cimientos al tejado, y el joven oficial no pudo ser hallado. Cansados al fin, pues ningún habitante había visto al alférez, de quien dieron la filiación exacta, tuvieron que abandonar sus investigaciones. Probablemente, el joven Lespare había caído prisionero de las tropas enemigas en su retirada. Para su tranquilidad, el marqués de Gherlor acudió al mariscal de Noailles. El viejo soldado dirigióse por escrito á los soldados aliados, preguntándoles si, entre los cautivos que ellos llevaron, había un alférez de mosqueteros llamado Lespare.

La respuesta no se hizo esperar y fué negativa. Ni el duque, ni Cumberland, ni el príncipe de Waldeck, ni el viejo Kœnigsek tenían noticias del prisionero en cuestión. Aquello era incomprensible y desesperante. ¿Qué podía, pues, ser de Enrique, ya que no se hallaba entre los muertos ni entre los prisioneros?

De todos nuestros compañeros, cuya ingrata tarea vino á complicarse con la desaparición diabólica del cuerpo del capitán de los mosqueteros negros, el más desesperado era, sin duda alguna, el joven caballero bretón, que tenía gran amistad con el alférez, y que se creía en el deber de conducirlo con buena salud para atreverse á hacer frente á la mirada de Enriqueta de Lespare.

No se les ocurrió ni al marqués de Gherlor, ni á Santiago ni á ninguno de los maestros de armas, la idea de que el á quien buscaban con tanto encarnizamiento pudiera estar cerca de ellos, en medio del campamento francés, en aquel molino de Pequigny en que se había instalado el duque de Torino, el « nuevo amigo del rey », la misma noche que siguió á la batalla cuya victoria se apropiaba.

Cuando la casa real se puso en camino para volver á París, Santiago de Courten tuvo que entrar en filas, y no reconquistó su libertad hasta llegar á la capital. Había pensado hacer una entrada triunfal en el hotel de Lespare, con Enrique, salvado por él. Mas ¡ ay!, ante el fracaso de la expedición, se creyó obligado á no presentarse, porque, ¿qué hubiera podido decir á su prometida, si ésta le preguntara: « Santiago, usted

era amigo de mi hermano... y ahora vuelve solo... ¿qué ha hecho usted de él?... »

Sentía escalofríos sólo al pensarlo. Antes que desafiar ese recibimiento natural y frío de su prometida, era cien veces preferible ser acusado de negligencia y esperar un acontecimiento improbable, aunque posible, que hiciera volver á Enrique lo bastante á tiempo para sacarle del apuro. Con una persona de la energía de Enriqueta, no podía aceptarse como válida ninguna prueba de impotencia. La joven, no sin lógica, tendría preparada esta respuesta para cerrarle la boca : « ¡No ha hecho usted todo lo que se podía hacer, Santiago! »... ¡Si yo hubiera estado en su lugar, hubiese arrancado á mi padre y á mi hermano de manos de los ingleses ! ¡Y no me fuera muy difícil, pues los ingleses no son, que yo sepa, más temibles que una inundación ! »

Por otra parte, no acudir al hotel de Lespare para dar el pésame á la viuda del que lo había acogido tan generosamente en el castillo de Tanlay, podría hacer que lo tacharan de cobarde. Como sobre el difunto pesaba el disfavor real, fácil sería asimilar su abstención á un retroceso de cortesano. Y él, Santiago de Courten, creyérase deshonrado al escudarse tras un pretexto de ese género.

Al salir del Louvre, adonde su servicio le había llevado con el séquito del rey, el joven bretón fué á casa de su primo Argenson que le entregó una fuerte cantidad de parte del conde de Courten-Málo, muy satisfecho de la primera campaña de su hijo. Luego,

con las orejas gachas, encaminóse hacia la calle de Francs-Bourgeois, muy decidido á hacer la visita que tanto temía. Tomó por la calle de Rambuteau, andando lentamente. Al atravesar la iglesia de San Eustaquio, titubeó por primera vez. Hubiera preferido mucho más tener que afrontar los mosquetes de un cuadro austriaco que la artillería de los ojos de Enriqueta. Al atravesar la calle de Saint-Denis, vacilaba su resolución, y ésta estaba ya dando boqueadas, al llegar á la de San Martín.

— « No estoy en traje apropiado, pensó, tratando de hacer tiempo. ¿Y si subiese á mi casa para arreglarme un poco? »

Había llegado á ésta, pues tenía alquilado un piso de tres habitaciones en el fondo de un patio que daba á la calle de San Martín.

Satisfecho por haber hallado ese motivo de prórroga, subió los tres pisos que conducían á su domicilio, y le salió á abrir su criado, Yan Brau, joven rechoncho y ancho de espaldas.

Poco más ó menos á esa misma hora era cuando el duque de Torino, furioso y desconcertado, salía del hotel de Lespare, del que acababa de ser expulsado por el enano Tortillard.

— Arregla eso, dijo el vizconde, echando al criado la bolsa que acababa de darle el conde de Argenson, y prepárame un traje menos empolvado.

En Bretaña, la distancia que separa al amo del criado no está bien limitada, por el espíritu rudimentario de los mozos de ese país mal acostumbrado aún.

Entre el vizconde y su sirviente, que se habían criado juntos, apenas existía esa distancia, pues, como sabemos, el joven Courten, que había llevado vida de caballero rural, trataba casi de igual á igual á los villanos.

Por eso no le extrañó el que Yan le preguntase :

— ¿No cenà aquí el señor vizconde?

— ¿Adónde quieres que vaya á cenar?

— ¡Toma! Si el señor vizconde sale á estas horas, no será seguramente para hacer visitas... Ya es tarde.

— ¿Tarde? repitió Santiago.

Y añadió, sintiéndose aliviado sin quererlo reconocer :

— ¡Es verdad! No es hora á propósito para presentarse en casa de la condesa... ¿Hay aquí con qué confortarse?

— Previendo el regreso del señor vizconde, he hecho provisiones... Hay pastel de liebre... aves y frutas.

— ¡Y para regar ese banquete?

— Dos botellas de vino de Asti.

— ¡Diablo! exclamó Santiago. Dificilmente encontraría mejor mesa en otra parte. Por lo tanto, Lúculo cenará en casa de Lúculo.

— ¡Ah! ¿Á pesar de todo quiere el vizconde ir á cenar á casa de ese Lúculo?

— No, querido, dijo Santiago riendo. Es inútil que te devanes los sesos para entender, pues no lo entenderías... pon la mesa, y sirve aquí mismo. Voy á refrescarme un poco, á cambiar de traje y vuelvo.

Pocos momentos después, el caballero bretón atacaba el pastel de liebre, al que hizo una brecha considerable, humedeciéndolo con vino de Asti. Igual suerte corrieron los demás platos. Yan Brau, miraba maravillado á su amo. Para el aldeano bretón, comer bien es un arte, y beber bien, un sacerdocio.

Según esto, á los ojos de su criado, Santiago acababa de aparecer de esencia superior; pues, cuando se levantó de la mesa, no sólo estaban los platos á medio vaciar, sino que también quedaron secas las dos botellas de Asti.

Al contrario de sus paisanos, Santiago era sumamente sobrio. Aquella libación no acostumbrada, á la que se había dejado arrastrar para desterrar sus preocupaciones, constituía, pues, para él, un exceso.

— Enciende, dijo á Yan, yendo á asomarse al balcón, pues tenía la cabeza pesada y le hacía falta un poco de aire. Pero, en el momento en que el criado iba á ejecutar su orden, se volvió Santiago, para decir :

— ¡No! ¡No enciendas ya!

He aquí lo que motivó esta contraorden :

Las ventanas del domicilio de Courten daban á un cuadrilátero de terrenos plantados en jardines que llegaban por la izquierda á la fachada posterior de las casas de la calle de Venecia y por la derecha, á la de las casas de la calle de Quincampoix. Así que Santiago hubo puesto el pie en el balcón, sintió su mirada atraída invenciblemente por las ventanas de la planta baja de una de aquellas últimas casas. Á

través del ramaje de los árboles, dichas ventanas, uniformemente enrejadas, formaban una línea brillante. Tras los cristales de cada una de ellas, adivinábase una agitación de colmena. Y aunque tales ventanas se hallasen cerradas, de aquella planta baja iluminada profusamente, subía un ruido monótono y continuo que, á pesar de la distancia, llegaba hasta los oídos de Santiago. Claro está que esa sala de fiestas, vista de lejos, pudo haber intrigado al joven; pero la causa de la contraorden dada emanaba de más alto.

De la parte baja de la casa, la mirada del vizconde subió á los pisos superiores. En toda la fachada, sólo había una ventana con luz, una ventana del segundo piso, enrejada como las de abajo. Por aquel hueco luminoso se veían dentro dos personajes: un hombre y una mujer. La mujer, con el codo apoyado contra una mesa, tenía el rostro colocado en pleno campo de luz, que, á su vez se ocultaba tras la pantalla de la pared. El hombre iba y venía, entrando tan pronto á la luz como en la sombra. Al ver á esa mujer fué cuando ordenó Santiago á Yan que no encendiera. La obscuridad le favorecía, porque podía espiar sin ser visto. Volvió á apoyarse en el alféizar, con los ojos dirigidos á la ventana.

— ¡Qué locura! dijo para sus adentros. ¡Si no supiera yo que mi hermanita ha sido sepultada allá, en cualquier fosa de Loc-Eltas, por el Trimard, que, gracias á Dios, no volverá á torturar ya á nadie, juraría que esa mujer es Pervencha!.. ¡Diablos! ¡el

vino que me ha servido el bribón de Yan debía de contener algún filtro!.. ¡Tengo la cabeza algo trastornada!

En efecto, con la influencia del aire, el vino de Asti, tomado á gran dosis, empezaba á producir su efecto.

— ¡Yan! gritó Santiago; ¿qué oficio ejercen en la barraca esa de enfrente?

— ¡Uno muy feo! ¡Ah! ¡sí! repuso el doméstico santiguándose. ¡He oído decir, señor vizconde, que ahí vende uno su alma!

— ¿Qué estás diciendo, majadero?

— Su alma ó algo por el estilo, afirmó Yan. Creo que le llaman casa de juego.

— ¿Un garito?

— ¡Casi, casi! ¡Ahí barajan pecados y oro!

Courten ya no escuchaba. Su mirada había ido á parar á la ventana alta; acababa de detenerse ante una segunda visión más rara, más imprevista que la primera. El hombre del cuarto lejano acababa de interrumpir su paseo y se había inclinado contra la mujer sentada en la mesa, que colocó un momento el rostro en plena luz.

— ¡Enriqueta! estuvo á punto de gritar el vizconde, teniendo que asirse á la barandilla para no caer.

Luego, reflexionando un poco, se tocó la frente, diciéndose:

— No; no puede ser Enriqueta... Y, en ese caso... ¡en ese caso, será Enrique!.. ¡Sí, eso es, el hermano y la hermana se parecen como dos gotas de leche!...

¡Es Enrique!.. ¡Es mi alfercito!... ¡Qué puede hacerse en esa casa, con la sombra de Pervencha? ¡Diablos!.. ¡no puedo sospecharlo!.. Pero, ya que sé en dónde está, voy á ir á buscarlo... ¡Así haré mi entrada en el hotel de Lespare!

Presa de gran agitación, entró en su cuarto y encendió él mismo el candelabro que trajo Yan. Este último le miraba, pensando compadecido:

— No me pondrían á mí en ese estado tres botellas de vino de Asti. ¡Es una lástima que el señor vizconde no sepa beber!

— ¿Cómo se penetra en esa casa? preguntó Santiago, que se ceñía la espada, persiguiendo su idea.

— ¿De qué casa habla el señor vizconde?

— ¡De tu condenado garito, hombre!

— ¡Toma!.. Se debe de entrar como en cualquier parte, con tal de tener dinero y ganas de perderlo.

— Dame la bolsa que acabo de confiarte, y cierra aquí... Yo salgo...

— ¿Para ir á casa de Trompette?

— ¿Á casa de Trompette?

— Así se llama el garito, señor vizconde.

Santiago de Courten había abierto ya la puerta y estaba en la escalera.

— ¡Acuéstate! gritó. Y golpeando la bolsa, añadió: ¡Aquí tengo municiones suficientes para hacer saltar esa casa de Trompette!

— ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! repitió dos veces Yan Bran, al quedarse solo. ¡El señor vizconde no tiene la cabeza sólida! ¡y, sin embargo, el vino era bueno!

En cuanto se vió afuera, Santiago de Courten dobló rápidamente por la calle de Rambuteau, luego por la de Quincampoix, en cuyo centro brillaba el farol que indicaba á los bribones y á los incautos el camino de la casa de Trompette.

La calle de Quincampoix no era ya lo que había sido en tiempos de la Regencia, es decir, el centro del mundo. Ya no se veían aquellos innumerables tugurios llenos de borrachos, y á cuyas puertas poníanse en acecho las meretrices esperando que pasasen los favorecidos por el dios dinero. Desde la sonada caída del sistema de Law y, sobre todo, desde la quiebra de la *Espada de Palo*, aquella trampa histórica en que el señor conde de Horn, primo de Felipe de Orleans, robó algunos miles de libras á un jugador afortunado, á quien previamente había asesinado, el tráfico de papelitos había caído discretamente, y la calle de Quincampoix se sumió en la obscuridad de donde nunca hubiera debido salir.

Un emprendedor tan osado como poco escrupuloso, el señor Trompette, fué el único que quedó en pie de aquella desbandada general. Su casa era, pues, el último refugio de los estafadores de la corte y de la villa, es decir, que no carecía de clientela.

Santiago de Courten fué derecho al garito. Así que pasó del farol, hallóse en un cuartito en donde había un quidam atlético, cuyas facciones no pudo distinguir por la semiobscuridad que allí reinaba, y al cual dijo, pues se había trazado de antemano su línea de conducta:

— El señor Enrique de Lespare, alférez de mosqueteros, está en esta casa; yo lo sé. Sírvase prevenirle que su amigo Courten quiere verle.

El quídam debía de ser sordo, ó tal vez tuviera órdenes en previsión de casos de ese género.

Lo cierto es que abrió una puerta, y el vizconde, deslumbrado por una oleada de luz, penetró en una gran sala, entre una multitud ruidosa cuyos gritos le ensordecieron. Cuando pudo volverse, ya se había cerrado la puerta.

— ¡Singular recibimiento!.. dijo para su capote. ¡Vaya una idea la de venir á parar aquí!.. Es un capricho original del joven alférez... Debe de ser jugador... Quedándome aquí, pues esto es seguramente el corazón del infierno que me ha descrito Yan, le veré venir. No se me escapará. Orientémonos, pues.

No costó mucho al vizconde convencerse de que aquella gran sala era precisamente la que había visto desde su balcón. La animación era en ella extraordinaria. Los jugadores, sin distinción de castas, aristócratas y horteras, grandes damas y costureras, se agrupaban en seis filas alrededor de una mesa que ocupaba el centro del local, y sobre cuyo tapete verde se tallaba un interesante lansquinete. El banquero era un hombre joven y bastante insignificante, á quien llamaban Trompette. Todo el mundo sabía que el auténtico Trompette, fundador del nombre, había muerto; pero como su sucesor no creyó conveniente nombrarse, pareció cómodo propinarle el nombre del difunto. En realidad, el Trompette actual no era otro

que Napol, sirviente de confianza y sustituto autorizado del duque Gonzalvo de Torino, verdadero propietario del garito. Hacía ya tiempo que duraba la partida, y en aquel momento, podía cortarse con un cuchillo la atmósfera de la sala. Así es que era maravilloso ver á las damas, casi todas jóvenes y bellas, respirar libremente en aquella quintaesencia de alientos mefíticos, cuando, en sus propias casas, el menor olorillo las marearía á no ser por el útil frasquito de sales. El vizconde, aunque tenía robustos pulmones, se sintió oprimido. Quizás su intemperancia en vino de Asti no fuese del todo ajena á aquel principio de malestar. Para distraerse algo, empezó á abrirse paso á codazos, llegando así hasta la mesa.

Allí le acudió de nuevo á la imaginación el objeto de su visita y se atrevió á preguntar en voz alta:

— ¿Alguno de ustedes, señores, conoce por casualidad al vizconde de Lespare?

No es bueno contrariar á los locos; y de todos los inconscientes, los jugadores son los más feroces. Miradas preñadas de cólera se dirigieron al caballero bretón, volviendo luego á la mesa; mas ninguno le contestó. Ante el banquero había un montón de oro. Los puntos vacilaban para hacer su postura.

— El señor Trompette ha dado seis pases, decían en la izquierda.

— Seis... repetían por la derecha. ¡Debe de haber algo!..

— ¡Diablos! pensó Santiago, á cuyo cerebro empezaba á subir la embriaguez: estos fantoches no

hablarán hasta que entre yo en su juego... ¡ Con los lobos hay que aullar !..

Y preguntó en voz alta:

— ¿Cuánto hay en banca?

— Cincuenta luises, contestó el sucesor de Trompette.

— ¡Hago el banco!

El vizconde abrió la bolsa que le había entregado su primo Argenson y sacó dinero.

— ¡Y si usted tiene cuerda de ahorcado que le dé suerte, añadió dirigiéndose á Napol, que estaba asombrado, yo poseo un clavo que ha servido para herrar lá mula del papa, lo que es aún mejor!

Todos miraron al intruso. Ese adversario que poseía un fetiche superior al de Trompette, hacía interesante la partida. Y como los puntos eran muy supersticiosos, produjose un gran movimiento; damas y caballeros se agolpaban alrededor de la mesa, donde las cartas iban á decidir si podía más el clavo ó la cuerda. Lentamente, Trompette (Napol) dió los naipes, colocándolos uno á uno ante sí, diciendo alternativamente:

— ¡Para mí, para usted!

La gente decía:

El caballero debe de estar seguro de la jugada. ¡Con un clavo del papa!

— ¡La cuerdecilla de Trompette tendrá á honor el hacerle ganar una jugada más!

Como es natural, la concurrencia se dividía en dos partidos. Había partidarios del banquero y otros del punto; pero los primeros eran los menos. La insolente

suerte de Napol hacía suponer á muchos que iba á encontrar quien le dejara chiquito. El banquero sonreía, pero parecía titubear.

— ¡Diablo! exclamó el vizconde: nada de bromas pesadas. Vuelva la carta que tiene en la mano y habré ganado la partida.

— ¡Ganó!.. exclamó la gente, admirada. ¡No hay duda, ese clavo vale mucho!

— Quinientos luises, ni más ni menos.

Napol no perdió su sonrisa. En medio de todo, poco le importaba perder ó ganar; pues era un hombre de paja.

VII

LOS AMORES DE TORTILLARD

Un nuevo personaje acababa de penetrar en la sala por una puerta que no era la entrada común. Miró al vizconde con sorpresa y se acercó al banquero, con quien empezó á hablar en voz baja.

— Amigos míos, dijo en aquel momento Santiago de Courten, apilando su ganancia: si mi compañero Enrique de Lespare no está aquí, es porque lo retienen en otro lado. ¿Por dónde se sube á los pisos de esta casa?..

Los jugadores, cuya benevolencia se había captado, volvieron la cabeza. Aquella manía, que no cuadraba con la de ellos, quitaba parte de su notoriedad al posesor del nuevo fetiche.

— Diga, caballero, preguntó el personaje que acababa de llegar y que había hablado en voz baja al banquero: ¿no paga la bienvenida á estos señores y á estas señoras?

El vizconde, con la cabeza muy poco segura, merced

al generoso vino de Asti, se volvió súbitamente para mirar al que le interpelaba.

— Me parece, dijo para sí, que he oído esa voz... pero ¿en dónde? La cara de ese quidam no me es desconocida.

La verdad es que Santiago de Courten no desbarraba al creer reconocer la voz de Pietri Pertuso, el nuevo personaje; la había oído una noche del invierno anterior, en la carretera de Tonnerre á Tanlay; pero su memoria no llegaba á precisar ese recuerdo.

— Si tal es la costumbre, contestó, pregunte á cada uno lo que desea tomar; yo mismo tengo la boca seca... Un proverbio de mi pueblo dice: « Beber y más beber apaga la sed », ¡y es muy cierto! He bebido más que de ordinario, y sin embargo, á gusto volvería á beber.

Pietri Pertuso y Napol se miraron á hurtadillas. Era cuanto deseaban. Tratábase de embriagar á aquel caballero, cuyas preguntas se hacían molestas y cuya manía podía llegar á ser peligrosa. También se trataba de calentar la cabeza á los jugadores é incitarlos al ruido, pues el duque de Torino no quería que pudiera oirse desde afuera lo que pasaba en sus habitaciones. Momentos después, recomenzó el juego, más ruidoso y animado que nunca. La mesa de lansquenete podía competir con la de una taberna, porque, además del dinero de la banca y de las pilitas que figuraban las posturas de los puntos, el tapete verde contenía numerosos picheles y botellas en parte vacías.

El vizconde de Courten, definitivamente lanzado, y olvidando hasta el objeto de su venida á aquella casa,

fomó la banca y tallaba con banca abierta, gritando á cada paso:

— ¡Hagan el juego!

Pero los puntos no respondían; la prodigiosa libación de aquella noche daba á la asamblea un mal relente, y á no ser por las damas, la partida hubiera terminado por falta de puntos. En nuestros días no puede tenerse idea del horroroso libertinaje que reinaba en aquellos infiernos de dinero. La Bolsa, único infierno nacional reconocido en nuestra época, no funciona más que dos horas diarias. Esto es poco é insípido. En todas partes donde no se admite á las señoras falta color. En los garitos de la calle de Quincampoix — y la casa de Trompette tenía poderosas razones para no alterar en nada esa costumbre — el cepo para cazar incautos funcionaba veinticuatro horas diarias, y el bello sexo, no menos favorecido que el feo, era allí admitido para dejarse pelar.

La partida continuaba. Santiago de Courten quería jugar fuerte; pero los puntos estaban muy retraídos. El clavo del papa les imponía respeto. La cabeza del vizconde vacilaba sobre sus hombros. La embriaguez que le había procurado el vino de Asti aumentaba con la mezcla. Santiago se caía de sueño.

Pietri Pertuso no le quitaba la vista de encima.

— Dé cartas, señor, le dijo: yo juego contra usted.

El vizconde obedeció maquinalmente; cuando descubrió la última carta, prodújose en la sala una exclamación de estupor: el clavo, el joven fetiche acababa

de fallar. De una sola jugada, Pertuso había desprestigiado el amuleto y saqueado al banquero.

El joven bretón, vencedor ó vencido, no pudo continuar el combate; apoyado de codos en el tapete verde, y con la frente entre las manos, se dormía en medio de gritos y risas, en tanto que su oro pasaba á otras manos. Y no debía parar ahí su infortunio. Su caso no tenía nada extraordinario, y nadie se fijó en la entrada de dos mozos que, agarrando cada uno por un brazo al durmiente, fueron á depositarlo en medio del arroyo. La casa de Trompette no era una posada, y se respetaba.

— ¡La señora condesa! había anunciado asustado Pietri Pertuso, para contestar á su amo, que le interrogó iracundo al verle volver precipitadamente al salón, cuando le había ordenado ir á preparar la cueva inferior de las bodegas para que sirviera de cárcel á Enrique.

Asombrado por esa visita, que deseaba pero que no la esperaba tan pronto, el duque se levantó de un brinco y se acercó á la puerta junto á la cual el Tuerto, sin cuidarse de lo que se hablaba, continuaba sujetando á Enrique entre sus poderosas manos.

— ¡Demonio! juró bajito el italiano. La bella se ha dado demasiada prisa. Una entrevista que empieza con el alferez como testigo no tiene atractivo.

Luego, dijo á su confidente, empujándolo hacia una puerta interior:

— Tú y el Tuerto llevaos á ese joven por las habi-

taciones...; Pero llaváoslo!... Quiero estar solo para recibir á la condesa.

Guiado por Pietri, el mudo arrastraba ya á su prisionero hacia la salida indicada, cuando las palabras « la condesa », á las cuales no pareció el joven prestar atención cuando las había pronunciado Pietri, produjeron ahora en él un efecto galvánico. Con violento empuje se soltó de las manos del gigante que, girando sobre sí mismo ante tan imprevisto ataque, tropezó con los pies del confidente que se apresuraba á ayudarle, y los dos hombres rodaron por la alfombra, agarrándose uno á otro, creyendo tener al que con su brusco ademán había hecho tal carambola.

Una vez suelto, Enrique se guareció tras la mesa y apoderóse del candelabro macizo cuya luz iluminaba toda la escena, única arma defensiva que halló á su alcance.

El duque, alelado, creí soñar.

— ¡Lleváoslo! ¡lleváoslo! gritaba, en el paroxismo del furor.

Eso era más fácil mandarlo que ejecutarlo.

El Tuerto y Pietri, levantados ya, daban vuelta á la mesa.

— ¡Si se acercan, exclamó el alferez, cuyos ojos llameaban, les abro la cabeza!

Y blandía el enorme candelabro.

Los dos cobardes titubearon un segundo.

Con ese arma temible, maza improvisada, el alferez Enrique se hallaba al fin, por primera vez desde que cayó prisionero, en buena posición ante sus enemigos.

Dominaba la escena, y nunca sabrá nadie el partido heroico que hubiera podido sacar de su situación, si una voz de mujer, voz angustiada, no hubiera gritado en aquel momento :

— ¡Hijo mío!

Acababa de aparecer la condesa de Lespare. Venía de luto riguroso, y tendía hacia adelante los brazos abiertos.

— ¡Madre mía! dijo Enrique, dejando el candelabro para correr á ella.

Eso fué su pérdida.

Aprovechando ese inconsciente movimiento de amor filial, el Tuerto se arrojó sobre él, por detrás, y le enroscó los brazos al cuerpo, paralizándolo.

Pietri, tranquilizado, sacó su estilete.

Constancia lanzó un grito desgarrador y quiso acudir en auxilio de Enrique. Gonzalvo la retuvo.

— Me ha llamado usted en nombre de mi hijo, dijo la condesa, dominando el sentimiento de repulsión que le inspiraba el miserable; y todo el mal que pude pensar de usted se ha borrado de mi imaginación, duque, al recibir su carta, dejando el sitio á la gratitud que yo creía deberle... Pero sea usted lo que sea, le ruego, ya que quiere devolverme á mi hijo, que mande cesar esta comedia que me repugna y me espanta.

— ¿Puede usted creer que sea comedia, condesa? dijo con sorna Gonzalvo.

— De no serlo, ¿me ha hecho usted venir, pues, para hacerme testigo de una nueva infamia?

Enrique se torturaba inútilmente por querer hacer

soltar presa al mudo. Esta vez, el gigante agarraba bien.

— ¡Deje las palabras insultantes!.. dijo el duque, contestando á la señora de Lespare. Ya ve usted á Pietri, ¿verdad?.. Pues bien, no espera más que una seña mía para clavar el puñal en el pecho de su hijó.

— ¡Miserable! ¡No se atreverá usted á cometer ese crimen!

— ¿Quién me lo va á impedir?

— ¡Yo!.. ¡Mis gritos!..

— ¡Oh!.. ¡si eso puede satisfacerla, no se prive, grite cuanto quiera!.. Si, por gran casualidad, la oyese algún transeunte, proseguiría su camino sin extrañarse. Las disputas, los altercados y hasta las matanzas son cosas demasiado comunes en esta casa para darles la menor importancia.

Como para darle la razón, el zumbido que no había dejado de subir de la sala de juego, se hacía ahora formidable.

— ¡Escuche! dijo con ironía Gonzalvo.

La puerta de la calle se abrió con estrépito.

— Y venga á ver, añadió, apoderándose de la muñeca de la condesa, para llevarla hacia la ventana enrejada.

La señora de Lespare, con los ojos fuera de sus órbitas, pudo presenciar entonces un espectáculo que la llenó de horror. Varios hombres acababan de salir de la casa de Trompette; llevaban una masa inerte que tenía forma humana. Esas gentes, cuya embriaguez era palpable, iban precedidas y seguidas por mujeres de vistosos vestidos, cuyos ademanes extravagantes y

alegres parecían un insulto al que así transportaban. El farol del garito lanzaba sus rayos de ocre amarillo sobre aquel desfile alegremente macabro, del que ningún actor trataba de ocultarse, lo cual fuera superfluo, pues la ronda respetaba la calle de Quincampoix, y todas las ventanas estaban cerradas. El paquete humano fué arrojado muy irrespetuosamente en medio de la calle; luego, portadores y espectadoras, cogidos de la mano, bailaron el corro en torno suyo, antes de entrar de nuevo bajo el farol.

La condesa se quedó lívida. Creía comprender.

— El barrio está acostumbrado á esto, explicó pérfidamente el italiano. ¡Que mañana haya dos cadáveres en vez de uno en el arroyo, no por eso aumentará la emoción!

El duque exageraba intencionadamente. Suponía con razón, que el cuerpo tendido en la calle era el de un borracho y no de un muerto; pero, si declaraba lo que pensaba, disminuiría la fuerza de su razonamiento.

En realidad, el personaje que depositaron los puntos de la casa de Trompette en medio de la calle, dormía, como se habrá adivinado, el sueño que proporciona la embriaguez, y no era otro sino nuestro amigo el vizconde Santiago de Courten.

Después del espectáculo entrevisto, y del conocimiento que tenía de los antecedentes del italiano, la condesa podía tomar sus palabras al pie de la letra. Sin embargo, animada por la tranquila mirada de Enrique, dijo, toda temblorosa:

— ¡ Si usted ordena el asesinato de mi hijo, iré á postrarme á los pies del rey y no tendré descanso hasta que ese crimen haya recibido su castigo en la plaza de la Grève!

— ¡ Ah!.. ¡ Vaya una salida!.. exclamó el duque de Torino, riendo. Soy amigo del rey, señora... procure no olvidarlo... Entre sus afirmaciones y las mías, Su Majestad no podría dudar... La guerra de Flandes no ha concluído todavía... Los ejércitos aliados sostienen aún la campaña... Por lo tanto, me será fácil justificar mi conducta, diciendo al rey: « Sire, Vuestra Majestad me ha concedido su amistad por haber castigado á uno de sus oficiales traidores á la patria... »

— ¡ Ah! ¿ Es usted? ¿ Lo confiesa?

— ¡ Yo fui! ¿ Á qué negarlo?.. Por penoso que sea, un deber bien cumplido ensalza su valor... Y añadiré, hablando aún á Luis XV, con el cual me amenaza usted: « Vuestra Majestad no se enfadará conmigo por haber completado mi tarea impidiendo al hijo de ese oficial, poseedor de los secretos de su padre, ir á venderse á los enemigos de Francia. »

— ¡ Ah! ¿ De qué fango está formada su imaginación, para concebir tan vergonzosas calumnias?

— El rey me contestaría: « Señor de Torino, ha hecho usted muy bien, y le somos dos veces deudor. »

El duque cambió de tono, para proseguir con acento apasionado:

— Sólo depende de usted, Constancia, el que no lleguen las cosas á tal extremo... ¡ Yo la amo!.. ¿ Con-

siente en aceptar mi amor y mi apellido, y le será devuelto su hijo?

— ¡ Nunca! ¡ Jamás! gritó Enrique, que comenzaba á agitarse como un loco.

— ¡ Jamás! repitió la condesa, recobrando su altiva frialdad.

— ¡ Hágase según su voluntad, señora!

Y al mismo tiempo que sujetaba á la señora de Lespare, cuyas muñecas apretaba hasta señalarlas, añadió Gonzalvo, volviéndose hacia su hermano de leche:

— ¡ Pietri, dentro de un minuto, si la señora condesa no ha cambiado de opinión, apuntas al corazón y hieres!..

— ¡ Cobarde!.. gimió Constancia.

El duque la miró, y se le velaron los ojos. Era de la raza de los felinos cuyas ideas amorosas se apoderan con una rapidez que no tiene más igual que la insolencia.

— Constancia, murmuró con voz cambiada, con esa voz de entonaciones musicales que denunciaba la intensidad de su crisis; Constancia, usted no aprecia sanamente el valor de mi proposición. ¡ La amo! ¡ la amo como un loco! Ante ese amor desaparece cualquier otra consideración. Como amigo del rey, puedo hacer de usted la mujer más envidiada de Francia... Puedo devolverle centuplicada la dicha que cree usted haber perdido... ¿ No? ¿ Continúa usted negándose?.. ¡ Qué tan terca es!... ¡ De todos modos, está usted perdida!... La han visto entrar en mi casa, velada, casi escondiéndose... Mis gentes tenían instruc-

ciones, y, á estas horas, nuestras relaciones no son ya secreto para nadie... ¡Mañana, serán el escándalo del día!..

La condesa se encogió de hombros desdeñosamente.

— ¡Loco! Sí, en efecto, lo está. ¡Prevalerse de una cosa imposible! ¡Atreverse á notar la hora de mi caída! ¡qué estúpida ineptia!... No tendré que sufrir nada de sus ignominiosos embustes... Constancia de Calonne, condesa de Lespare...

— ¡Su viuda!

— Como quiera... La viuda de Lespare está al abrigo de toda sospecha. Todos saben de sobra que se rompería la cabeza, antes que deshonorar la memoria de su marido. Todos saben que si, impotente para escapar de sus garras, no pudiera huir, le arrancaría á usted el rostro á pedazos antes de sufrir la deshonra de su envilecedor contacto.

— ¡Pues bien, rugió Gonzalvo, cuya voz cambió para volverse terrible, hiere Pietri, ya ha pasado un minuto!

La condesa se dejó caer de rodillas.

— ¡No! ¡Ah! ¡no!.. exclamó. ¡No tendrá usted corazón de tigre!.. ¡Gracia!.. ¡Piedad!..

— ¡Madre!, gritó Enrique, con admirable energía, ¡levántese! ¡No se humille ante los asesinos de mi padre!

— ¡Ah! ¡la serpiente!.. gruñó el italiano, fuera de sí. ¡Mátalo de una vez!

Constancia dejó escapar un estertor de agonía al ver la mano de Pietri levantarse contra Enrique, á

quien sujetaban los nudosos brazos del hércules del ojo huero. Pero el puñal, al caer, no dió á la víctima designada y no hizo más que arañar el brazo del mudo, cuya garganta lanzó un sordo ronquido.

La inopinada llegada de un nuevo actor acababa de operar ese milagro. El intruso no era fuerte ni bien hecho, según las apariencias, y, no obstante, acababa de servir de *deus ex machina* pasando entre Enrique y Pietri con tan torpe brutalidad que el estilete de este último se le escapó de las manos.

— ¡Eh! ¡Eh!.. exclamó con voz de carraca, bajándose para recoger el puñal y guardándose en el bolsillo, ¡aquí se explican algo vivamente!

— ¡Tortillard! exclamó la condesa, levantándose.

En su torturado rostro se vió una radiante sonrisa de esperanza.

— ¡Tortillard! dijo á su vez el duque, frunciendo el entrecejo.

— ¡El mismo, monseñor! respondió el enano, acercándose torpemente ¿no me ha mandado usted llamar?

Constancia, libre al fin, se lanzó á su encuentro y cayó en sus largos brazos, abiertos para recibirla.

— ¡Carape!.. dijo en tono cómico, agarrándose á la mesa. No es uno feo, feo, pero tampoco tiene la fuerza de Alcides.

Enrique, alzado de asombro, contemplaba aquella escena burlesca, negándose á comprender.

— ¡*Diavolo!* exclamaba para sí el duque, con los ojos dilatados de sorpresa. ¿Será más favorecido que yo ese mono colorado?.. ¡Qué mujeres!

Constancia murmuraba al oído del enano :

— ¡Sálvanos á los dos, tú que tanto nos quieres !

El rostro de Enrique se cubrió de mortal palidez.

Por muy bajito que fué hecha esa súplica, no la había perdido el joven, y, por respeto á su madre, temía profundizarla.

Constancia notó el inmenso dolor pintado en las facciones del prisionero, y, aprovechando el que Gonzalvo echaba pestes contra todas las hijas de Eva en general, y contra ella en particular, porque le hería en lo vivo su ridículo capricho, suplicó á media voz :

— ¿Qué va á creer Enriqueta? Díselo, pues, Luis...

— ¡Chitón! susurró Tortillard. ¡Si quieres que salve á nuestro hijo, no digas una palabra, no hagas un gesto, ni una seña que pueda descubrir á Lespare, caballero traidor, puesto fuera de la ley!

Gonzalvo se había repuesto. Se acercó á la pareja y dijo :

— ¡La verdad, no merecía la pena, bella condesa, de despreciar tanto mis proposiciones y rechazar mi amor con una indignación bien fingida, abrumándome bajo el peso de sus principios de honor y fidelidad! En mi simplicidad, he estado á punto de creerla. ¡*Diavolo!* permítame que no le dé sino una enhorabuena restricta por la graciosa apostura y la elegancia equívoca de su caballero.

— ¡Ira de Dios! juró el enano tratando de enderezar su corta estatura. ¿Busca usted las cosquillas á este pobre Tortillard, señor duque?

Había puesto los dedos en la cazoleta de la espada que se arrastraba risiblemente entre sus piernas torcidas.

— ¿Y si así fuese? preguntó Gonzalvo, belicoso.

— ¡Oh! exclamó con sarcasmo el enano. ¡Tendría usted su merecido!

— ¿Qué quieres decir?

— Si no me engaño, señor duque, la primera vez fué usted un amante despachado.

— ¿Y la segunda?

— La segunda, por despecho, busca usted camorra al afortunado rival que, por mal acondicionado que sea, ha sido distinguido por la señora condesa.

— ¡Miserable! gritó Enrique, mantenido con gran trabajo por el Tuerto y por Pietri.

— ¡Esto es demasiado, Luis! murmuró la condesa. Tortillard no disimulaba ya.

— ¡Cállate, Constancia, cállate! dijo empinándose como para besar el rostro de la señora de Lespare. ¡En tus manos tienes su vida, la mía, nuestro honor! Y volviéndose hacia el duque, añadió, designando á Enrique :

— ¡No podría usted mandar encerrar á ese energúmeno!

Frase hábil que disipaba toda sospecha, si su conducta hubiera podido dar lugar á alguna.

Por orden del amo, Enrique fué conducido á su cuarto.

— ¡Ahora, dijo el duque, acaba lo que me estabas diciendo!

— Le decía, monseñor, que no era muy generoso por su parte querer atravesar á este pobre Tortillard.

— ¿No decías que tendría yo mi merecido?

— Sí, señor duque, porque yo tengo por principio no cruzar la espada sino con caballeros cuya constitución física no esté muy en desacuerdo con la mía.

— ¡Miserable! Eso quiere decir que no me encuentras bastante...

— ¡Contrahecho!.. Sí, señor, y le pido permiso para retirarme, con la señora condesa que me concede el honor de aceptar mi apoyo para volverse á su casa...

Momentos después, con consentimiento del duque, Constancia de Lesparé y Tortillard salían de la casa de Trompette. Tortillard tuvo que prometer al italiano que volvería así que la condesa estuviese segura en su hotel, para emprender la tarea que le destinaba el duque.

En la calle de Quincampoix, la condesa se agarró miedosamente al enano. Sus miradas buscaban en la carretera algo que no había.

— Constancia, le dijo su compañero, sé valiente y fuerte como en otros tiempos. Espera; pronto sonará para nuestros enemigos la hora del castigo.

La condesa apenas le escuchaba. Invadía otra preocupación.

— ¡Ahí, dijo señalando la carretera, he visto dejar el cuerpo de un desgraciado que acababan de matar!

— No, Constancia, no; ese hombre no estaba muerto. El bastardo del duque de Toranzani, cuya casa sirve de abrigo á un vergonzoso garito, habrá

intentado quizás hacértelo creer para impresionarte. Con su criado bretón Yan Brau, yo mismo he ayudado al vizconde de Courten, pues era él, á entrar en su casa. Este encuentro es un triunfo más en nuestro juego contra ese maldito bastardo. En efecto, las ventanas del piso que ocupa el vizconde dan al jardín que se extiende ante la parte posterior de la casa de Trompette, y Santiago de Courten sabe el cuarto donde está encerrada Enriqueta...

— ¡Ah! ¡pobre hija mía! ¡qué valor! ¡qué audacia!..

— Á estas horas, Jarnac y Chaminade, á quienes he avisado, deben de estar en casa del vizconde, combinando un plan de evasión...

Al quedarse solo en el salón, Gonzalvo de Torino empezó á pasearse frotándose las manos y pensando:

— Creo que decididamente seré rico y feliz. Haciendo secretamente que se entere al rey de las deplorables infamias de la condesa, no hay duda que Su Majestad, para poner fin al escándalo, desterrará para siempre á los dos tórtolos... ¿Quién sabe si entonces será bien acogido el ofrecimiento de mi nombre?.. Con un crédito como el mío, todo se puede esperar, y la condesa, desterrada, harta de correr tras su grotesco cortesano, se alegrará de venir á mí... En cuanto al hijo, ese gallito de espolones preparados siempre al combate, el dolor y la vergüenza de ver que su madre ha caído tan bajo, le matarán mejor y más seguramente que el puñal de Pietri.